

A LOS CRITICOS "LES HA SALIDO ALGO EXTRAÑO": NURIA AMAT

No más que el alma como lengua y como patria

El nombre de la autora catalana, luego de veinte años de solícita entrega a la escritura, ha sido sitiado por calificativos que Raquel Luzárraga refiere para hacer detonar la intensidad del diálogo: "fundadora de un género" a ojos de Valverde, "narradora consagrada", según juicios de una crítica desconcertada por los "riesgos literarios" asumidos por Amat: "Sólo el intento levanta ampollas", enfatiza para pasar y pasearse por *El país del alma*, su más reciente novela publicada. En medio de los restos de la Guerra Civil Española, de los restos de cristalería de la alta burguesía ilustrada, Nuria Amat lanza a la batalla amorosa a Nena Rocamora, personaje en el que encarnan sus muchas heroínas literarias: de la Dickinson a la Plath



Foto: Vanancio Alcázares

Nuria Amat ha publicado hace unos meses su novela **El país del alma**, en la que retrata el tiempo posterior a la Guerra Civil Española en el ambiente de la clase social acomodada barcelonesa, y el vacío subsiguiente a una hecatombe social y personal, en la que una relación de amor representa, simboliza y salva. Esta última obra corona una larga trayectoria de escritora que incluye los títulos **Pan de bodas** (1979), **El ladrón de libros** (1988), **Amor breve** (1990), **Monstruos** (1991), **Todos somos Kafka** (1993), **Viajar es muy difícil** (1995) y **La intimidad** (1997) en narrativa; ha cultivado el ensayo en **De la información al saber** (1990), **El libro mudo** (1994) y el exitoso **Letra herida** (1998), y también la poesía y el teatro. Su último libro, **El país del alma**, envuelto en cierta polémica, parece haberla consagrado definitivamente. Licenciada en Filosofía y Letras, bibliotecaria y doctora en Ciencias de la Información, la suya es una vida dedicada a la lectura y la escritura. De ella dijo **José María Valverde** la conocida frase: "Fundó un género nuevo", tras la lectura de **Todos somos Kafka**.

RL: Usted pertenece generacionalmente al grupo de escritoras

formado por Ana María Moix y Carmen Martín Gaité, entre otras. Sin embargo, nunca se la ha situado junto a este grupo de autoras.

NA: Es cierto y realmente no entiendo por qué. Mi libro **Pan de bodas**, que se ha fechado erróneamente en 1988 en un reciente artículo, fue escrito en el año 1979. Quizá sea una cuestión de temática o de estilo. Si lo pienso, mi investigación en la literatura ha ido por otros derroteros. Una profesora californiana que realiza un estudio sobre mi obra opina que mi escritura asumía un riesgo narrativo contrario al de la literatura española, sobre todo femenina, más castiza, de algún modo, quizá más realista. La consideraba más próxima a los intentos narrativos de la literatura latinoamericana, de **Elena Garro**, de **Clarice Lispector** o **Rosario Castellanos**, por ejemplo. Puede que sea eso, un matiz sutil de posicionamiento.

—Haro Tecglen dijo de usted que creía que "rompía los moldes" y Valverde que "fundaba un género nuevo", pues no se sabía si una de sus obras era ensayo o narrativa. ¿Se trata de una escritura en cierto modo experimental y, por ello, más difícil? ¿Esto puede haber complicado su comprensión?

—No es una escritura ni más ni menos difícil. A veces se trata de que el escritor consigue un estilo propio, una manera de estar en la literatura que había buscado. Lo que se llama la voz literaria. **Haro Tecglen** lo ha dicho comentando mi obra. Esta voz puede tener unas connotaciones propias que no la unan a otras que compongan un grupo generacional o estilísticamente homogéneo. A veces, las circunstancias sociológicas, políticas o culturales... es igual, conforman características algo comunes en un grupo de escritores o escritoras, sobre tendencias, perspectivas o "tonos" o estilos. Puede que alguien se acerque más o menos a esta coincidencia, podríamos llamarle común. Puede que lo que he comentado antes sobre mi literatura la haya hecho diferente.

—Alrededor de su libro *El país del alma* se ha desatado una polémica, que desveló el periódico *La Razón*. Cuando concurre al Premio Alfaguara de narrativa, algunos miembros del jurado, incluido su presidente, Eduardo Mendoza, creían que debía obtenerlo su libro y no el que finalmente lo obtuvo, y se ocasionó un duro enfrentamiento. ¿Cómo vivió esta polémica?

—Mentiría si dijera que es algo que no me incumbe, pero en cierto modo es así. Desconfío de los premios comerciales literarios, aprecio mucho más los premios por obra publicada y, aunque resulte tópico, creo de verdad que para un autor el mejor premio es el seguimiento de los lectores. Yo tengo la fortuna, además, de contar con grandes lectores que son grandes escritores, que apuestan por mi literatura, **Juan Goytisolo**, **Haro Tecglen**, **Carlos Fuentes**, **Rosa Montero**, **Pere Gimferrer**, **Eduardo Mendoza**. Me considero afortunada. Por otra parte, opino que un premio literario concedido a un autor joven puede arruinar su carrera literaria, hacérsela más difícil. En definitiva, no creo que sea excesivamente importante.

—La novela *El país del alma* la consagra, casi súbitamente, como una de las mejores narradoras del país y habla de narradoras. ¿Cree que ese súbito aprecio de su escritura, unido a su condición de mujer, es lo que ha podido levantar ampollas? En otras palabras, ¿es todavía

más difícil escribir siendo mujer que hombre?

—No me gustaría incurrir en tópicos, aunque en las entrevistas siempre suelen ser inevitables. Sí, opino que cuando se destaca por algo —tu pregunta es casi un cumplido—, cuando se arriesga literariamente, se quiere llegar lejos en la literatura, se desconcierta de manera inevitable. Sólo el intento levanta ampollas. Esas ampollas, en realidad, equivalen a que la crítica estándar no te puede clasificar, les ha salido algo extraño. Llevo veinte años escribiendo y, de repente, una novela que quizá no se esperaba de mí provoca alboroto. Es porque no se esperaba. La crítica es muchas veces conservadora. Estas reacciones mediáticas, que tampoco resultan tan negativas, afectan de joven, pero luego es el aprecio de los críticos el que interesa.

En cuanto a la otra pregunta, siendo mujer y feminista, no he escrito nunca nada que se pueda calificar así. Por el contrario, escribí mucho en un género que no suele utilizar la mujer y que es el ensayo, algo intelectual, lo que me hizo un poco inclasificable y llevó a **Valverde** a pronunciar hace años esa frase que has citado. La independencia, el salir de la norma, sitúa de otro modo. Pero es cierto que hay una expectativa que manda. Existen muchas escritoras, y buenas además, de las que no se sospecha nada porque escriben lo que se espera que escriba una mujer. Ignoro la respuesta y también la pregunta.

—Hay otros aspectos políticos o sociológicos de *El país del alma* que han producido controversia.

—Respecto a la polémica sobre **El país del alma**, la novela recrea una época de la posguerra española y catalana, que también han recreado otras escritoras, **Mercé Rodoreda, Ana María Matute, Carmen Martín Gaité**, maestras mías de las que soy continuadora, por ambiente. Pero escribo sobre una Cataluña hundida y derrotada, anarquista, quizá un tema masculino, y sobre una clase social que según algunos escritores no se había tratado antes, una alta burguesía, que yo siempre llamo ilustrada. Lo trataron los **Goytisolo**, pero de una manera realista. Puede que este tratamiento sea lo que ha resultado chocante.

—El personaje femenino, Nena Rocamora, sobre el que recae casi todo el peso de la obra, parece una construcción muy elaborada de otros personajes.

—Quizá sea el personaje del que me siento más orgullosa. Está construido a partir del esbozo de las personalidades de muchas heroínas literarias, escritoras que, sin ser como yo, la autora, siempre han estado presentes, **Emily Dickinson** —hay un epígrafe de ella— las hermanas **Brönte, Silvia Plath**, estas grandes escritoras renovadoras de la literatura que vivían una vida cerrada, doméstica y familiar, como vive la protagonista de la novela. Mujeres revolucionarias, no a lo **Simone de Beauvoir** como puedo serlo yo, o de **Virginia Woolf**, pero revolucionarias a su modo y víctimas también de la sociedad. Es un personaje de una gran fortaleza, pero víctima a la vez de una situación histórica tremenda que es la posguerra española. Dos lectoras argentinas me escribieron diciéndome que se identificaban con la situación dictatorial, pero sobre todo con la parte humana, la de los personajes. Cuando uno escribe, lo que desea es llegar lo más lejos

posible, trascender el espacio y la temporalidad. Me ocurrió también con **La intimidad** en México y en Venezuela. Esa respuesta es lo que más anhela el escritor.

Siempre explico que cuando escribo una novela no busco un tema que desarrollar después, como puede imaginar el lector. En mi caso es distinto. Primero tengo una visión; de manera general "veo" los personajes de una historia y, luego, en seguida ha de venirme lo que yo llamo "el tono" o "la voz narrativa". Siempre ocurre así cuando una novela me funciona. En **El país del alma**, en concreto, esa voz narrativa tiene mucho peso, es un personaje más de la novela, es el texto, el cómo está escrito. Es una historia que quería crear hace años, pero hasta que no he encontrado el tono no he estado en condiciones de hacerla.

—**Defíname más esa "voz narrativa" que los críticos han señalado que alcanza en *El país del alma*.**

—Se podría decir que es un tono poético, pero no es cierto; es un tono de novela. La novela es, sobre todo, además de mito o asunto o argumento, lenguaje. Se habla mucho acerca de la crisis de la novela, desde principios de siglo hasta ahora; no es un tema nuevo, y yo coincido en que sí es evidente que está acabando un tipo de novela. Pero opino que la forma en que la novela puede seguir adelante es justamente yendo a la raíz profunda, si se quiere, poética, del lenguaje. Insisto de nuevo, se trata de decir las cosas como nadie las ha dicho antes. Lo afirmaba **Chejov** e intentaba hacerlo; yo, que soy una devota de este autor, entiendo de esta manera la escritura. De toda mi novelística, tal vez en esta obra sea donde he llegado más lejos en este sentido. Todo escritor o escritora sabe cuándo ha logrado esa "voz narrativa". Cuando se consigue el vestido de las palabras, el cuerpo, de alguna manera, después, se hace solo. Es algo mágico.

—**Esto guarda relación con unas palabras tuyas del libro *De la información al saber*: "El lenguaje es útil y a la vez bello cuando no es calco ni reproducción de un mundo, sino un conjunto de elementos descompuestos que aprovechamos el autor y el lector a nuestro gusto". ¿Se debe a esto la fragmentación de escritura que inicia un poco en *La intimidad* y que culmina en *El país del alma*?**

—Puede denominarse fragmentación, pero yo lo consideraría de otro modo. Siguiendo con lo que hablaba, las novelas que me interesan como lectora y que pretendo de algún modo emular, o permitir su influencia, están plenas de silencios. El aspecto de fragmentación de la novela es en realidad un espacio de silencios, unos silencios que hablan. Hay referencias explícitas al silencio en **El país del alma**. Nena habla de silencios y es silencios. La voz de Nena se introduce en todas partes, lo impregna todo; es una de las cosas que, ahora, observo que más me gusta. Creo que la protagonista es una metáfora en sí misma de la literatura; es un personaje que ha ido más allá de lo que yo pretendía; representando muchas cosas. Respecto a la fragmentación, son palabras de **Juan Rulfo** —sus murmullos—, **Virginia Woolf**, **Jean Rhys**, incluso **Faulkner**, que las novelas en ocasiones dicen más de lo que no se dice, son más lo que callan que lo que cuentan.

—En la tradición literaria que la ha conformado, ¿qué lugar ocupa la literatura latinoamericana? En alguna entrevista usted ha dicho que se encontraba "en deuda" con la literatura latinoamericana.

—Efectivamente, siempre digo que me considero una escritora catalana, española y latinoamericana. Como escritora he nacido, verdaderamente, a partir de unas voces concretas. Sin embargo, no obedezco al cliché de la escritora catalana, ni de la española, a ningún cliché concreto, y me gusta que sea así. He escrito a menudo sobre la literatura de Hispanoamérica. Creo que una de las grandes revoluciones literarias que se han producido este siglo ha sido la de la literatura suramericana, mejor, la de las literaturas suramericanas. Yo empecé a escribir en el momento de lo que se denominó entonces el *boom*, cuando todos los grandes autores, no voy a decir nombres para no dejarme ninguno, llegaron aquí. El hecho de tener dos lenguas en mi casa y en mi país me ha hecho sentir siempre un poco mestiza. Mi lengua interior, mi lengua íntima y de escritura era la castellana, pero al mismo tiempo tampoco era mía, como tampoco era mío el catalán. Tuve, entonces, que ir haciendo propia esta lengua, a la vez que nunca creía que llegara a serlo del todo. Me parece que así escriben los latinoamericanos. Existe a veces una adaptación a una lengua que es lengua del poder; en España, por ejemplo, Madrid, el centro, es la lengua del poder. En esas literaturas tan innovadoras latinoamericanas creo ver que hay ese coqueteo, esa alternancia de ser por un lado fieles a la tradición del castellano y, por otra parte, reinventarlo, cada uno a su modo. Desde mi condición de cierta periferia bilingüe me identifico con esa situación. Pero me identifico también por otro motivo. Conozco mucho Latinoamérica, tengo grandes amigos de ahí, la mayoría escritores, y me parece que para los autores de estos países la literatura es una verdadera vocación, una vocación como lo es para mí. Por otra parte, yo me considero una escritora emigrada y, en esta vivencia, el haber pertenecido a un país sometido por una dictadura me acerca a países también sometidos de América Latina. **Julia Kristeva** hablaba recientemente en una entrevista sobre escritores emigrados —ella que también lo es, escribe en francés y es búlgara—, y decía que nosotros, los escritores emigrados, somos quienes mejor podemos luchar contra los nacionalismos fanáticos porque defendiendo identidades culturales propias somos plurales y defendemos la pluralidad. Eso es la universalidad.

—Algún crítico ha dicho que su biografía real es su biografía literaria. Quienes la conocen saben que su vida es la lectura y la escritura. Una sinopsis que no parece frecuente.

—Es cierto, mi vida y la literatura han estado y están unidas, sin que sean lo mismo. Explicaría que he sido una autora profundamente tímida escribiendo; he necesitado apartarme; siempre digo que en lugar de ir por la carretera he seguido el atajo en lo que conforma el camino del escritor. Lo he hecho en parte para protegerme, en parte para conseguir, insisto de nuevo, la voz personal, el estilo único de autor. He pasado mucho tiempo encerrada en mi biblioteca, con las palabras —piensa que además he sido bibliotecaria— en un ambiente en que estaba encerrada con mis libros, en una forma en que mis libros eran muchas veces diálogos de la autora con los escritores. Eso ha significado hallarme de manera continua dentro de un país literario. La carrera literaria es desde el principio una vocación, y

no es un tópico. Nada más que una vocación. Desde que empecé a escribir, quería decir con las palabras algo que nunca se hubiera dicho antes, y eso no se decide voluntariamente. Se trata de un desafío enorme y ha constituido siempre mi reto. Creo también que el de cualquier escritor de verdad. Siempre he ido buscando caminos. Quizá es a eso a lo que se llama investigación; para mí es una forma de escribir irrenunciable.

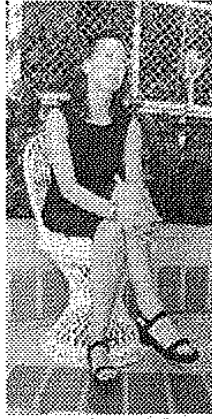


Foto: Venancio Alcázares

Amat: "mi vida y la literatura han estado y están unidos"

Raquel Luzarraga. Ensayista e investigadora

[\[El Universal\]](#) [\[Chats\]](#)[\[Foros\]](#) [\[Directorio\]](#) [\[Playball\]](#)

[\[Política\]](#) [\[Estampas\]](#) [\[Radar\]](#)

Copyright 1998, reservados todos los derechos.